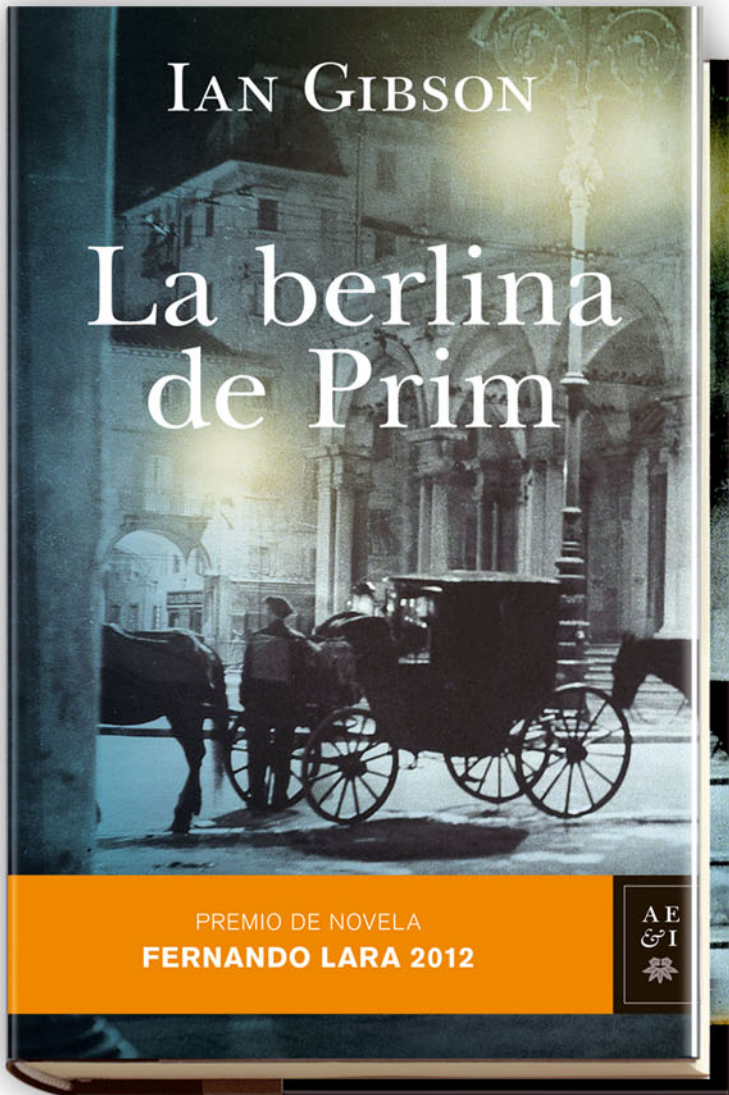


Fragmento

**La berlina de Prim**

**Ian Gibson**



PREMIO DE NOVELA  
**FERNANDO LARA 2012**

Ian Gibson



La berlina de Prim

*Premio de Novela Fernando Lara  
2012*

 Planeta

## PRIMERA PARTE

—

—Creo que debes ir ya. ¡La situación es gravísima!

Edward McKinley se levantó bruscamente de su raída butaca de cuero, contrariado de repente, y miró por la ventana de cristales teñidos por la mugre industrial de la metrópoli. Llevaba dos días lloviendo sin parar. Allí abajo, Fleet Street era un río de barro por el cual transitaban con dificultad multitud de coches, tranvías y peatones provistos de paraguas.

—¡Qué mierda de clima tenemos en este país! —refunfuñó—. ¡Y estamos en agosto! —Volvió a su butaca y encendió la pipa que acababa de llenar pausadamente. Luego continuó—: La República se desmorona día a día, Pat, es evidente. En cualquier momento va a haber un golpe de Estado, volverán los jodidos Borbones, los españoles perderán otra vez sus libertades y se archivará el sumario. A mi juicio es ahora o nunca. Quizás me equivoque, pero no lo creo. Me lo dice mi instinto de periodista de toda la vida.

El instinto periodístico de Edward McKinley, como el personaje mismo, tenía peso. El fornido escocés, antiguo delantero de rugby, llevaba ocho años dirigiendo *The People's Word*. Le respetaban casi todos los profesionales del gremio, incluso sus adversarios, los cuales, si bien abominaban de la línea izquierdista del diario, no podían negar ni la calidad de sus reportajes ni el denuedo con el que afron-

taba las cuestiones sociales más candentes. *The People's Word* había ganado a pulso, entre los principales periódicos de Londres, un puesto envidiable. Ahora, en el húmedo verano de 1873, acababan de suscitar un escándalo nacional sus revelaciones acerca de la prostitución infantil que proliferaba, sin que los buenos puritanos victorianos hubiesen querido darse por enterados, en el miserable barrio del East End. Y el Parlamento no había tenido más remedio que actuar en consecuencia.

McKinley —Mac para sus amigos— se quitó la pipa de la boca e insistió:

—Llevamos meses hablando de tu obsesión con el asesinato de Prim. Has hecho el trabajo preparatorio. Ahora se impone la investigación sobre el terreno. Si aplazas más el viaje, te lo repito, puede ser demasiado tarde.

Era verdad, llevaban meses hablando del asunto.

Patrick Boyd había sido presentado a Juan Prim y Prats en 1866 cuando el general, exiliado por Isabel II, pasó una temporada en Londres. El encuentro ocurrió en una fiesta organizada por los simpatizantes españoles e ingleses que tenía en la capital británica el eterno conspirador. Prim se había quedado impresionado al conocer al hijo periodista de Robert Boyd, el magnánimo irlandés fusilado en Málaga en 1831 por Fernando VII, al lado de Torrijos y sus cincuenta valientes. En cuanto a Patrick, intuyó aquella tarde que Prim era el gran liberador que necesitaba España después de tanto déspota. Y nació la amistad.

El segundo encuentro tuvo lugar dos años después, también en Londres, mientras se ultimaban los preparativos de la Revolución de 1868, «La Gloriosa», que daría al traste con el régimen de la reina Isabel. Al poco tiempo, el general se fue a Cádiz. Estaba radiante y absolutamente confiado en el éxito de la misión, tras tantos intentos fracasados. Y esta vez se salió con la suya.

En marzo de 1870, invitado a Madrid por Prim, ya presidente del Consejo de Ministros y el hombre más poderoso de España, Patrick asistió a varios debates parlamentarios, entre ellos uno especialmente enconado en que el general fue hostigado, con saña, tanto por los elementos reaccionarios de la Cámara como por los republicanos.

Nueve meses más tarde lo asesinaron. Pero ¿quiénes?

—Era un líder nato, Mac —dijo Boyd—. Generoso, valiente, sincero e intrépido. Lo que hicieron con él no tiene nombre. —Después de una pausa añadió, resuelto—: Tienes toda la razón, es ahora o nunca. Iré enseguida.

—¡Estupendo! —reaccionó el escocés frotando sus gruesas manos—. Así me gusta. Tú, oficialmente, vas a hacer unos reportajes para el periódico sobre la crítica situación política del país en estos momentos. Pero entre bambalinas estarás con el asesinato de tu amigo Prim. Perfecto. Además, por tu condición bilingüe, te moverás allí como pez en el agua.

Desde las entrañas del edificio llegaba amortiguado el rumor de las máquinas. Ya se imprimía la edición de la tarde.

—Y hay otra cosa, Pat —siguió McKinley—. El asesinato del general te quitó las ganas de volver a España; yo lo entendía entonces, claro, pero ahora no. Era como si se hubiera repetido en su persona, de alguna manera, lo ocurrido con tu padre, ¿no? Pero han pasado más de dos años desde entonces. Perdóname si te lo digo, pero creo también que una temporada fuera te ayudará a sobrellevar un poco mejor la muerte de Mary.

Viendo cómo a Patrick se le nublaban súbitamente los ojos, el escocés se levantó y le dio unos golpes afectuosos en la espalda.

—Necesitas un proyecto nuevo que te ocupe totalmente, en el que te pierdas —le dijo con cariño—, y ya lo tienes: «Cómo mataron al general Prim».

Patrick asintió. Habían pasado catorce meses desde que la tisis acabara con su mujer. Y era cierto que su recuerdo no le abandonaba nunca. McKinley tenía razón, una estancia en España quizás le ayudaría a salir de la cueva. Además le permitiría visitar la tumba de su padre en Málaga, asignatura largamente pendiente.

—Estamos hablando de un magnicidio en toda regla —continuó el célebre publicista— de un magnicidio todavía no aclarado. Si logras dar con la clave será una primicia internacional. Confío en ti, creo que lo harás. Desde aquí pondremos en marcha todos los resortes. Si es verdad que algunos de los que participaron en el atentado están en París o América del Sur, como me has dicho, los encontraremos. ¿Cómo se llama el diputado republicano a quien muchos acusan del asesinato, y que huyó...?

—José Paul Angulo.

—Ah, sí, Paul Angulo. No creo que sea imposible dar con él. ¡No olvides que los de *The People's Word* somos los mejores! Más difícil va a ser hablar con el duque de Montpensier —añadió—. Tú crees que estaba detrás, ¿no?

—Es lo que se rumorea, pero no lo sé. Machado me dijo en su última carta que tiene más información sobre los tejemanejes al respecto del personaje. No me la quiere pasar por escrito, me pondrá al tanto cuando nos veamos.

Boyd pensaba en su itinerario desde hacía semanas.

—Iré desde Southampton a Gibraltar, como hicieron Torrijos y mi padre: el mismo trayecto. Como sabes, no he regresado al Peñón desde que me sacaron de allí con diez años. Me hace mucha ilusión volver a verlo. Luego seguiré por mar, también como ellos, a Málaga. Necesito ver la tumba de mi padre antes de empezar el trabajo. Después iré corriendo a Sevilla a ver a Machado, que, como sabes también, lleva tiempo prometiendo llevarme al Coto de Doñana.

—A ver tus jodidos patos —dijo McKinley, levantando los ojos al techo.

—Ánsares, Mac; ánsares, no patos. O gansos, si prefieres. ¡Gansos, como tú!

—Vale. Gansos. Que «cada otoño regresan desde Escandinavia». ¡Ya me lo has dicho mil veces!

—Déjame en paz, Mac —dijo Boyd, acostumbrado a sus tomaduras de pelo—. ¡No puedo evitar que sean otra de mis obsesiones!

Se levantó para contemplar a su vez la lluvia a través de los sucios cristales. Al final de la calle una neblina envolvía como un sudario la glorieta de Ludgate. Recordó por asociación las brumas atlánticas de las marismas de Galway, las excursiones hasta allí con quien todavía creía que era su padre y, después, cogidos de la mano, con Mary.

—Llegaban cada octubre y cada primavera desaparecían —musitó como ausente—. Me parecían expresar el misterio de la vida, era como si con sus graznidos me estuviesen diciendo: «Ven con nosotros, ven con nosotros», sobre todo cuando los oía desde la cama por la noche.

McKinley no estaba dispuesto a abandonar sus ironías.

—Y luego te enteraste con los jesuitas, ¿no fue así?, de que llamaban «ánsares silvestres» a los irlandeses forzados al exilio por los ingleses en el siglo xvii. Y que siempre añoraban, por esos mundos de Dios, sus lares nativos. Y te identificaste aún más con tus pajaritos.

—Sí, así fue —contestó Boyd—. Y cuando me enteré por Peter Falkland de que enormes bandadas de ellos también invernan cerca de la desembocadura del Guadalquivir, pues no lo podía creer. ¡Casi en África, tan lejos de la tundra! ¡A miles de kilómetros! Me parecía imposible. Pero era cierto. De modo que vete al diablo, Mac, malvado y cínico escocés que eres. Aunque te agradezco muchísimo este apoyo que me prometes.



Peter Falkland era catedrático de ciencias naturales en el University College de Londres. Boyd le había conocido en Cambridge, donde, unidos por su apego a las largas caminatas por el campo, así como por un compartido fervor darwiniano, los dos habían ido forjando una estrecha relación amistosa.

Falkland conocía personalmente a Darwin y era uno de sus discípulos más combativos en la capital británica.

Patrick —que estudiaba historia de Europa— había leído *El origen de las especies* en 1863, cuatro años después de su publicación, cuando arreciaba en torno al libro una polémica cada vez más virulenta. La verdad era que había sacudido violentamente los cimientos de la autocomplacencia de la Iglesia anglicana... y de los creyentes en general, en Inglaterra y fuera. Los últimos rescoldos del catolicismo de Boyd, heredado de su madre andaluza y luego trabajado a conciencia por los jesuitas irlandeses, se habían ido apagando ante el peso de la evidencia aportada por la asombrosa obra. Y era inevitable que, al conocer a Peter Falkland, siguiera creciendo su admiración por el genial científico.

Por Darwin se había puesto en contacto con Falkland Antonio Machado Núñez, catedrático de ciencias naturales en la Universidad de Sevilla, quien, gracias a las nuevas libertades traídas por la Revolución de 1868, era uno de los

propagadores españoles más fervientes de las teorías evolucionistas. Teorías ferozmente combatidas por la Iglesia católica, para cuyos representantes en la capital andaluza Machado Núñez —por más inri republicano y masón— se les aparecía como poco menos que el diablo en persona.

A partir de entonces se habían carteadado con frecuencia Peter Falkland y Machado —éste tenía un conocimiento razonable del inglés—, y en diciembre de 1871, fascinado por lo que el otro le contara de Doñana, el inglés le había visitado en Sevilla y conocido a su lado las marismas del Guadalquivir. Maravillado, divulgó en varias publicaciones sus impresiones al respecto, haciendo un llamamiento para su reconocimiento por la comunidad científica internacional.

Falkland, como no podía ser de otra manera, se había quedado muy sorprendido al constatar la presencia en Doñana de miles y miles de ánsares migratorios. Y con la colaboración de unos estudiosos escandinavos, no había tardado en poner en marcha una investigación preliminar del fenómeno.

A Patrick Boyd, informado por Falkland de todo ello, le había faltado tiempo para tomar la determinación de visitar él mismo el Coto cuanto antes.

El primer paso había sido entrar en contacto con Machado Núñez, quien, en el curso de la relación epistolar resultante, le fue informando no sólo acerca de las marismas, sino —dado el interés que mostraba el otro por la España contemporánea— de su participación en la Revolución de 1868, en cuyos primeros momentos, por lo que le tocaba a Sevilla, había desempeñado un papel relevante.

Cuatro días después de ver a McKinley, Boyd recibió en su casa de Regent Square, a dos pasos del University College, la visita de Falkland, quien, al tanto del próximo viaje a España de su amigo, le quería entregar unos libros para Machado.

Todavía caía la lluvia sobre Londres. Al no poder sentarse en el pequeño jardín trasero de la casa, los dos se acomodaron, con sendos whiskys en la mano, en el invernadero que daba al mismo.

—Espero que sea posible tu excursión a Doñana —dijo el catedrático de ciencias naturales—. No olvidaré nunca la mía. Fue demasiado breve y tengo muchas ganas de volver. Es un lugar absolutamente único. Y, claro, como guía, nadie mejor que Machado.

Peter Falkland y su mujer habían frecuentado con asiduidad la casa de Regent Square durante los terribles meses en que se iba muriendo Mary Boyd. Después habían hecho todo lo posible por consolar y animar a Patrick, que se sentía agotado y cerca de la desesperación. Gracias a ellos, así como a Edward McKinley y a otros amigos, se había ido recuperando poco a poco.

Como McKinley, Peter Falkland opinaba que a Boyd le vendría muy bien una estancia en España que combinara una indagación sobre el asesinato de su amigo Prim con una escapada a Doñana. En fin, que le permitiera volver a las raíces que, debido a su madre, tenía por tierras ibéricas. Estaba convencido de que todo ello actuaría sobre su sistema nervioso como un tónico.

—Cuento con que me mantengas al tanto de tus peripecias —le pidió antes de despedirse, mirando el cielo y desplegando su paraguas—. Además, no olvides que estamos en la era de la telegrafía. Si necesitas algo de mí, sabes dónde me tienes.

Una semana después Patrick Boyd avisó por telegrama a Antonio Machado de su inmediata salida para Gibraltar y embarcó en Southampton.

Revisar sus apuntes sobre la muerte de Prim, reunidos en un cuaderno, y releer el libro del diplomático estadounidense John Hay, *Días castellanos*, publicado hacía poco en Boston y donde se evocaba brillantemente el ambiente de Madrid un año después del triunfo de la Revolución... eran las tareas que se había asignado Patrick Boyd para sus tres días a bordo del *Adelphi*.

Representante de Estados Unidos en la capital española, Hay era un escritor de gran talento, con una extraordinaria capacidad observadora. Su testimonio de primera mano sobre el casi increíble cambio operado en la realidad nacional en poco menos de doce meses, con agudos comentarios sobre la conflictiva vida parlamentaria del momento así como las costumbres de la capital, era impagable.

¡Alcolea! El nombre del pequeño pueblo cordobés resonaba insistentemente, como un *ritornello*, a lo largo del libro. ¡Alcolea! ¡Alcolea! Ochoientos hombres de dos ejércitos —los leales a Isabel II bajo el mando del general Pavía y los sublevados liderados por el general Serrano— habían encontrado allí la muerte, mayormente en el puente sobre el Guadalquivir y sus alrededores inmediatos.

Fue el 28 de septiembre de 1868.

Según una copla popular, la sangre vertida en Alcolea aquel día tiñó de rojo el río padre de Andalucía. Fue el

triunfo de la Revolución, de «La Gloriosa». Horas después la reina Isabel II abandonaba España por Irún.

Al repasar las páginas del libro, Patrick rememoraba su primer cambio de impresiones con Hay en Madrid en marzo de 1870, hacía tres años y medio. Prim había invitado a ambos al Congreso y los presentó en uno de los descansos. A Patrick le resultó simpático aquel culto norteamericano que había sido secretario de Lincoln y estaba a su lado cuando lo asesinaron.

Tanto a Patrick como a Hay les preocupaba el anómalo y peligroso trance en que se hallaba entonces el país, con una Constitución monárquica pero sin rey a la vista. Y no les complacía el espectáculo de la búsqueda, por diversas naciones europeas, de un príncipe desocupado que reuniera las necesarias condiciones para asumir la corona española, una de las cuales, quizás la principal, era la de ser aceptable para Francia, Inglaterra y Alemania.

La posibilidad de que subiera al trono de España un candidato alemán, Leopoldo de Hohenzollern —luego desechada—, sería uno de los factores que precipitaría, cuatro meses después, la guerra franco-prusiana, objeto de una serie de crónicas enviadas por Boyd a su periódico.

A todo esto, mientras los carlistas arremetían en el norte, los seguidores de la reina exiliada depositaban sus esperanzas en su hijo Alfonso, que sólo tenía entonces trece años, y trabajaban para la restauración borbónica. Al mismo tiempo, la Iglesia sembraba cuanta cizaña podía y los republicanos estaban divididos entre centralistas y federales. Era una coyuntura tormentosa de muy difícil resolución.

La elección de Amadeo de Saboya por el Congreso en noviembre de 1870 le había parecido desafortunada a Boyd. ¿Un monarca italiano para los españoles? Era, desde luego, difícil de concebir. Reconocía que había sido casi

imposible dar con un candidato a la vez competente y asumible para los poderes europeos, pero ¡un italiano!

Al retomar el libro de Hay, donde muchos pasajes subrayados daban fe de la intensidad con que lo había leído a su publicación, Patrick comprobó que aparecía con frecuencia en sus páginas el duque de Montpensier. Hijo del exiliado rey de Francia, Luis Felipe de Orleans, y de María Amalia de Borbón-Dos Sicilias, Montpensier, casado con una hermana de Isabel II, María Luisa Fernanda de Borbón, vivía desde hacía treinta años en el opulento palacio sevillano de San Telmo. Al ver que su cuñada, a quien no aguantaba, estaba en serio peligro de perder el trono, se había aliado con Prim y los demás conspiradores, razonando que, una vez derrocada Isabel, no habría mejor candidato que él mismo para ocuparlo. ¿No tenía en las venas sangre de dos casas reales? ¿No era probado amigo de España y su progreso? ¿No era oficial del ejército español? ¿Por qué no podía ser rey de su país de adopción?

«Si el duque de Montpensier hubiera estado aquel día en Alcolea —escribía Hay—, el ejército lo habría nombrado rey en menos de una hora.» «Quizás sí», pensó Patrick. Y quizás no. Ello habría creado enseguida un problema de envergadura, porque Prim, el todopoderoso Prim, alma de la Revolución y el militar más famoso y admirado de España, estaba decidido a que el nuevo monarca fuera elegido democráticamente por el Congreso. Y éste optó por Amadeo, para escarnio de Montpensier, que sólo obtuvo 27 votos contra 191 a favor del italiano. De ahí el rumor, muy extendido, de que el duque estuvo detrás del asesinato del general. Porque, con Prim muerto, cabía pensar que Amadeo no se habría atrevido a salir de Italia rumbo a Cartagena. Y que en lugar del italiano habría sido coronado con toda probabilidad, como medida de urgencia, el duque francés.

Antonio Machado Núñez le había dado a entender a Patrick que tenía más información sobre la posible implicación de Montpensier en el atentado. Era evidente que hacía falta investigar el caso. Pero ¿cómo? Quizás el eminente catedrático de ciencias naturales y revolucionario del 68, con quien mantenía tan cálida relación, le podría echar una mano realmente eficaz.

Por el momento, lo único cierto era que Montpensier encabezaba la lista de posibles culpables del vil crimen perpetrado el 27 de diciembre de 1870 en la madrileña calle del Turco.